

# EL Junco y otros poemas

Arturo González Cosío

Pertenece Enrique González Rojo a una estirpe de poetas, a una familia de la que puede afirmarse que escribió poesía durante el tiempo de tres generaciones.

Enrique González Martínez, nace en 1871, Enrique González Rojo, su hijo, en 1899 y mi compañero y amigo Enrique González Rojo en 1928.

Los tres son poetas de la precisión, del cuidado, de la forma y el ritmo, cada uno crece y encarna un movimiento literario que se convierte en historia: Modernismo, Contemporáneos y Poeticismo. Estilos o escuelas en las que ellos participan en su definición y perfil.

González Martínez, quien como dice Antonio Castro Leal, cierra y engrandece al Modernismo. González Rojo iniciador del grupo Contemporáneos, recordemos que incluso publica "Estudio en Cristal", antes de que Cuesta y Gorostiza escribieran, respectivamente, "Canto a un Dios Mineral" y "Muerte sin Fin". Y Enrique funda y encabeza, sin duda, al Poeticismo.

En esta ocasión, al presentar el libro "El Junco y Otros Poemas", de reciente factura, de mi gran amigo, Enrique, de inmediato se agolpan en mi mente un caudal de reminiscencias: el día que lo conocí, discusiones y debates en casa del embajador Espinosa de los Monteros, en 1947. Las continuas visitas que los Poeticistas le hacíamos para abrumar la paciencia de González Martínez con obligatorias lecturas de nuestros poemas. Con frecuencia nos

invitaba, don Enrique a cenar, para que pudiéramos hacer gala de audaces pensamientos y definiciones extremas. Tuvimos la oportunidad de dialogar con grandes escritores en su hogar y sería injusto no reconocer que Enrique González Rojo siempre fue el mejor informado de nosotros, conocía a todos los escritores y toda la literatura.

Lector incansable, se había formado en un ambiente en el que lo más cotidiano era el humanismo.

Los Poeticistas leíamos a Heidegger, bailábamos el lago de los cuervos -en el que se distinguía Eduardo Lizalde-, restituíamos el origen del lenguaje -con las mejores actuaciones de Montes de Oca- y relatábamos los aspectos científicos del cáncer, este evento casi siempre a mi cargo.

Cruzábamos el zócalo cantando una tonada que decía "Este era un gato", o "Lippedetmolt", un tonada infantil alemana, siempre a voz en cuello, con el lógico predominio de las voces de Lizalde y de González Rojo, estudiantes de la escuela de música. El 15 de septiembre cantábamos el himno nacional con la letra del padre nuestro, para ejercer una doble desmistificación, y en los cines, en el momento más dramático gritábamos vivas a Stalin.

Cenábamos una vez por semana en distintas casas, en las cuales siempre había un invitado que era sistemáticamente molestado y a veces arrojado fuera, sin permitirle participar en el banquete.

En estos juegos se distinguía Enrique González Rojo por una extraordinaria y profesional capacidad de mímica. La diversión y la alegría estaban enmarcadas, no obstante, por el estudio riguroso de la literatura y la filosofía.

Considero que es peligroso cultivar la parcela árida del olvido y me opongo a que se contamine el vergel de los sueños juveniles con amnesias. Si la infancia la representa la inocencia, la juventud los ideales y la madurez la responsabilidad, aceptemos los años últimos como estación para cosechar los frutos del recuerdo.

Asumamos la justicia poética que dictan las remembranzas, sin la usurera contabilidad de sopesar únicamente los resultados, pues el éxito se perfecciona como evocación. Al borde en el que termina el camino, es la propia existencia, recuperada por la memoria de cada uno de sus recodos, la que mejor nos acompaña y define.

La poesía es libertad esencial y sorpresa que fascina, también es plenitud indefinible, esencia casi incomunicable, sugerida y transparente. Algo parecido al silencio y al horizonte. Voz casi inaccesible. Experiencia de vida. Otra forma de conocimiento, otra realidad que trasciende hasta con sus contextos.

Este último libro de Enrique González Rojo expresa inteligencia y madurez. No coincido con la presentación que se hace en su comienzo, pues a mi juicio no ha desaparecido en su obra el juego, ni el humor ni la ironía, como podemos verlo en muchos versos, por ejemplo en "la Madriguera", habla del "permanente espionaje de ventanas" o de "ademanos engrapados con las huellas dactilares" o de la "piedra encinta de la urgencia". En la "Torre de Babel", ríe, cuando dice que los traductores nos dan "diferentes versiones del silencio. Se burla dolorosamente, cuando habla de dios como "el sordomudo altísimo del cielo" o en "Harem de Esperpentos" al describir a don Juan "peinando indicios indudables de desmoronamientos" o exigiendo "un

lecho, solo como un sitio, donde poder dormir". No deja de sonreír cuando afirma que "nadie supo decir si los sonidos que emitía su aliento eran estertores de muerte o jadeos de orgasmo".

En el poema " la Hermana" dice "y dejas al corazón rumiando entre sus venas, su rosario de tarántulas", a la manera de Gómez de la Serna.

En las líneas del "Poeta" reconoce, con humor bastante negro, que ha obtenido varias veces el primer lugar en el concurso de migraña y que está por editar su primera antología de aullidos a la luna. Define al tacto como "vigía de la epidermis", con indudable sensualidad. Y también nos insta a "cortarle las alas a los cuervos que anidan en la parte oscura de las normas", aunque éste sea un lugar tan obvio.

En el poema "la Viuda", se refiere a un idioma "diferente al de mi tinta "y sin preguntar a ningún agente de tránsito, mete" la reversa del arrepentimiento".

En "los Olvidos" nos conmueve y hace reír al ubicar el tiempo como "la eterna obcecación de los aquíes tatuados con horas", y de alguna manera retorna a las "conferencias del cáncer" al referirse al "almanaque de ruinas que dejan a la materia gris continuamente en blanco, desnutrida, famélica de nombres".

Con invisible ternura se pregunta, sonriente: "¿Cuándo vendrá la nada con sus manos amantísimas a cerrarme los ojos?"

Sigue el bueno y negro humor: "terricola orgulloso de las leyes de rotación y translación de mi casa", "las aguas de los ríos, jauría de perros espumosos", "la curva donde lleva a pastar el arco-iris su majada de tintes", "el átomo y su ámbito de

minucias", "el olvido de la cita que concertamos con la felicidad", "dios como supremo arquitecto, lobo del hombre". Finalmente espera, casi con alegría el "golpe que deshace este nudo gordiano de las líneas de la vida en la garganta".

Bastan estos ejemplos, a mi parecer, para sentenciar, sin apelaciones, la naturaleza, burlona y profunda del "Junco y otros Poemas" en el que privan un alto sentido del humor y una gran capacidad de originalidad. Muchos son los libros escritos por Enrique a lo largo de su creativa existencia, en éste como en los demás deja constancia de que ha cumplido con creces los viejos anhelos del "Poeticismo". Los años le han dado también la posibilidad de acrecentar sabiduría y experiencia, pero sigue deletreando el infinito y es hoy, como se definiera a sí mismo en 1988: "una etapa consciente, angustiada y vigilante, que nace y muere en el interior mismo de la materia eterna".

Toca a los extraordinarios escritores que me siguen en el uso de la palabra, Federico Patán y Vicente Quirarte, profundizar en la obra poética de Enrique González Rojo.

México D.F. a 28 de enero de 1999.